

día 11 al 13 estuvo adscrito permanentemente al apoyo del sistema de comunicaciones de las tropas golpistas, que era vital para éstas.

»La cobertura legal de las misiones de coordinación en comunicaciones de los militares golpistas se llamó "Mission Airstream". La tarea cumplida por el avión norteamericano permitió la conexión de estaciones de la Armada chilena, de una parte del Ejército y de la Fuerza Aérea.»³

Operación Pinzas

Sin embargo, no todo el mérito del infierno que se comenzaba a desencadenar sobre Chile era de los generales norteamericanos del Pentágono y del Comando Sur en la Zona del Canal de Panamá. Buena parte de los objetivos de la insurrección había nacido de las mentes de los conspiradores de más alto rango. Ese era el caso, por ejemplo, del vicealmirante José Toribio Merino Castro, autoascendido a almirante y a comandante en jefe de la Armada esa noche del 10 de septiembre, por la fuerza que dan las armas, y en pocas horas más tarde destinado a ser uno de «los cuatro» integrantes de la Junta Militar que comenzaría a gobernar un país ocupado militarmente, y en guerra permanente de un grupo de generales y su tropa contra un pueblo que había construido la democracia burguesa más sólida y duradera del continente latinoamericano. Una guerra declarada para destruir, arrasarse, no dejar piedra sobre piedra de esa democracia chilena, impidiendo con ello, para defensa de una potencia imperialista extranjera y de los grandes señores del dinero en Chile, que ese pueblo creara una democracia más amplia, más sólida todavía.⁴

El «almirante» Merino Castro era un hombre de 57 años, graduado de la Escuela Naval de Playa Ancha (Valparaíso) en 1936. Años más tarde, al igual que todos los altos mandos militares de América Latina «destinados» a ser jefes de sus ejércitos, hizo una «larga práctica» en el aparato militar de los EE.UU. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió a bordo del buque de guerra *Raleigh*, de la Armada de los Estados Unidos, patrullando por la Zona del Canal de Panamá y Guadalcanal. Entre 1956 y 1957 fue adicto naval en Londres, y después oficial de Estado Mayor y profesor de Geopolítica y Logística.⁵

Merino Castro fue el primero de los altos mandos insurrectos

que se «sublevó» contra la idea de que una combinación de partidos de izquierda gobernara Chile. Ya en 1971 hacía oír su voz en la Academia Naval de Playa Ancha, para decir que «es un error de los americanos dejar que Allende gobierné». Y esa noche del 10 de septiembre de 1973, Merino Castro era un hombre orgulloso: estaba poniéndose en práctica un plan de «exterminio de la ideología marxista» por el cual había luchado muy duro desde 1972. Primero fue el general Gustavo Leigh Guzmán quien apoyó con toda su fuerza ese plan de exterminio. Después el general de división Augusto Pinochet Ugarte y, por último, el general de Carabineros César Mendoza Durán. Antes, en julio de 1973, cuando Merino Castro, a través de Gustavo Leigh y Augusto Pinochet, expuso los detalles de su plan a la Misión Militar de los EE.UU. en Santiago, ésta contestó que «le parecía bien», pero que la forma en que «ustedes se desembaracen de los rojos es problema de ustedes, no nuestro».

Días más tarde, cuando algunos jefes navales, después del golpe militar, hicieron ver su horror por la terrible matanza que estaba asolando al país, el almirante Merino Castro dio una tajante y breve definición, que recorrió los buques de la Armada como un escalofrío: «Nosotros somos los cirujanos del país. Cuando un enfermo tiene cáncer en una pierna, se le extirpa y se salva al paciente. Nosotros estamos extirpando el marxismo... Estamos haciendo una operación quirúrgica... Nuestra labor es humanitaria.»⁶

En junio de 1973, aun antes de que Augusto Pinochet fuera «invitado» por los demás altos mandos insurrectos para ser «jefe» en la sublevación militar que se estaba montando, los planes operativos de la ocupación armada del país estaban completos en su aspecto estrictamente bélico; pero no estaban completos en la parte de cómo mantener «políticamente» la ocupación militar del país por largos años. Claro, había acuerdo general en clausurar el Congreso Nacional, disolver la Central Única de Trabajadores, militarizar los sindicatos, fábricas del área de propiedad social, aparato administrativo y disolver todos los partidos políticos, comenzando por los de la Unidad Popular. Pero, ¿era eso suficiente?

Para Merino Castro eso no era suficiente. Para Merino Castro el problema estaba en «los comunistas como personas» y no en sus organizaciones. Él proponía un plan que llamaba orgullosamente de «los tres tercios». Decía que había que fusilar «en las primeras horas» de la «operación» a tres mil dirigentes medios

